

Una vida de arte

A propósito de Eduardo Castillo, Bogotá, 1889-1938

En la truncada estela que ha de recordar el nombre de Eduardo Castillo y su despedida del mundo aparente, la admiración de sus amigos pondrá en relieve la figura de las Gracias. Fueron sus inspiradoras. A ellas rindió su armoniosa inteligencia culto íntimo de todas las horas y de ellas emana el encanto y seducción de sus poesías. La gracia en el sentido de la palabra "charis" es la facultad predominante de su alma. La gracia da el tono a su concepto de la Poesía. Con suavidad, en que no tiene rival entre sus contemporáneos, vertió en estrofas cinceladas, donde la gracia borra la huella del cincel, su concepto del mundo. No se crea, sin embargo, que por estas fascinadoras cualidades de su espíritu y de su obra, fuera Castillo un poeta almibarado del antiguo régimen estético, ni el vate prevenido por la fortuna y por sus gustos para descifrar el problema de la existencia en tonos de color de rosa. Vió la vida en todos sus aspectos. Su cualidad característica llena toda su obra. La gracia lo inspira en la descripción de los aspectos lisonjeros de la vida con la misma verdad y distinción que en las apariencias ingratas o nefastas de que está empedrado este corto sendero. Nunca fuerza la nota. No hubo menester del consejo del buen tono francés que dice "glissez, mortels, n'appuyez pas", porque en su naturaleza estuvo deslizarse graciosamente sobre el panorama, observarlo con una facultad perceptiva finísima y

representar lo observado graciosamente sin apoyar, ni detenerse en los detalles exentos de valor característico. La selección del detalle es casi todo el arte literario; saberlo representar con gracia después de haberlo descubierto es la perfección suprema a que puede aspirar el artista.

Aun en la vida cotidiana Castillo se deslizaba como una criatura incorpórea: pasaba con la levedad y la premura de un trasco. Sus ojos, de mirada en apariencia vaga o desierta, recibían con apropiada intensidad las impresiones del ambiente. En sus lecturas le guiaba el mismo sentido de la proporción, la medida y la elegancia. Su curiosidad se extendía con segura intención por más de tres literaturas. Le fueron familiares los poetas de ayer, los de las épocas fenecidas y los de remota antigüedad. De sus lecturas, de su observación directa del mundo, de su reflexión constante sobre las actividades del hombre y la obra de las generaciones extrajo su inteligencia la fina flor de poemas incomparablemente bellos, de una humanidad profunda, de una verdad cautivadora. Al revés de la mayor parte de las grandes capacidades poéticas del trópico, evitó la exageración, huyó con grande elegancia de la retórica elocuente como si su espíritu captara solamente los medios tonos en la viciosa exuberancia del espectáculo material y humano.

Era tan rígida su noción de la medida y tan natural en su espíritu la función de la gracia, que aun en sus poemas de satánica intención conserva la gentileza natural de sus talentos. Infunde en la obra de un temperamento amargado por la vida la pureza de su delicada sensibilidad cuando traduce las letanías de Baudelaire a Satanás sin ofender la fidelidad al original y conservando el sentimiento del vate atormentado. Un ligero matiz de suavidad muestra que aun traduciendo a poetas de sensibilidad distinta, el poeta de la gracia comunicante, el poeta nuestro, no se desprende de su cualidad fundamental.

En toda su obra es igual a sí mismo con perseverancia y sin claudicaciones.

Pulcro, exquisito en la rima, original y variado en la emoción, extraño lo mismo al grito estentóreo que a la áptera sencillez del poeta casero, Castillo ganó en Colombia el puesto pri-

mordial entre los escultores del sentimiento, cortés y dignamente expresado. A veces se siente en el andar del ritmo, en la cadencia dominante, alguna reminiscencia de poetas distantes en el tiempo o en el espacio. De repente creyéramos sentir la ondulación reverberante de Lugones y su vehemencia plástica, pero a mejor escuchar se nota con deleite que las cualidades de proporción y de deferencia al buen gusto se sobreponen a la influencia de un poderoso y singular temperamento. En otras composiciones asoma el espíritu congenial y fácilmente imitable de Amado Nervo, pero, a pesar de la semejanza de inspiración y de temperamento, la originalidad de Castillo queda intacta en su manera insuperable llena de gentil decoro y de hondura de sentimiento.

No adhirió ni en doctrinas ni en ejecución a las flamantes escuelas que con varios nombres y exageradas tendencias llenaron el horizonte de imágenes fastuosas, de símbolos más o menos abstrusos y de gritos penetrantes. Dominó todo el cuerpo de la versificación española. Le venían a su molde espiritual los viejos alejandrinos, como el verso de once y el de ocho sílabas. Las cuartetas endecasílabas en que decoró sus emociones ante la tumba de Londoño son de una factura perfecta y de una ideal concordancia entre el pensamiento y el ritmo de la expresión.

Toca todas las cuerdas de la emoción y se expresa en los más variados temas con amplitud, sin exceso y con intensidad, sin llegar a las escolleras del concepto oscuro. Sabe emplear su instrumento para acomodarle a las visiones seráficas, a la pasión amorosa, delicada y profunda, a las tortuosas sollicitaciones del deseo y a la satánica desesperación.

Se deja penetrar por la bondad contagiosa y dignamente cristiana del Padre Almanza, el franciscano que imitó al fundador de la Orden a muchos siglos de distancia con el candor del niño y la pureza del privilegiado:

Tu Cristo no es el Cristo
de faz triste y severa
que azotó a los cambistas
y marchitó la higuera,

sino el Maestro lleno
de caridad que dijo
al mundo la celeste
parábola del Hijo
Pródigo, y la parábola
del Buen Samaritano.

La capacidad sentimental de Castillo o la fuerza de su imaginación para crear estados de espíritu amorios y representarlos con grata evidencia se deja ver en algunos de sus sonetos eróticos:

Que eres mala unas veces me figuro,
y otras hallo en tu ser el casto aliño
y la sedaña albura del armiño
que prefiere morir a verse impuro.

¿Qué me trae tu amor? ¿Es como un vaso
de vino y miel o de veneno acaso?
¿Qué guardan para mí tus ojos bellos?

A la quietud del alma desolada
te presentas hermética y cerrada
como un libro fatal de siete sellos.

La vampiresa le insinuó en la carne ardores estivales:

El mal ubicuo, omnipotente
te dió todos sus atributos
y bajo el árbol de la ciencia
mordiste su vedado fruto.

Hay en tu alma milenaria,
hastada y vieja como el mundo,
la sapiencia del pecado
y el vértigo de lo absoluto.

Hastado de la hembra pasiva
y su pequeño amor insulso,
tu amor leal y tenebroso,
vampiresa, es lo que yo busco.

Como dijo D'Annunzio: "Quella amero".
En la *Oración a Satán*, contrasta en gráciles rimas la pu-

reza y blancura de los años infantiles con la soberbia y el desasosiego de la experiencia. Su Satanás no es el principio de la sabiduría, como lo imaginó Carducci, ni el Mefistófeles mundano, decididor y astuto del *Fausto*, sino la criatura abatida y melancólica de Ary Scheffer. Lo invoca con frases de compasión:

Mas oh Satán, oh príncipe rebelde:
me quebranta
la pena que te atrajo la compasión
de Santa
Teresa: la congoja de no poder amar.

Algunas de sus traducciones pudieran ofrecerse como ejemplos insuperables de esa labor ingrata y abnegada. Oscar Wilde sin duda acarició el pensamiento de poner en rima las "parábolas del falso profeta" y "del resucitado", pero acaso en la cincelación de esas joyas llegó a desesperar de acomodarlas al estuche del verso. Con una intuición artística maravillosa Castillo encontró en su lengua y en su sabia y abundante dicción la forma justa de aquella representación.

Puso a veces su razón y su conocimiento de las literaturas al servicio de la crítica. La ejerció con gusto firme, con una celosa percepción de los valores artísticos y en una prosa límpida capaz de grandes sugerencias y de verdades llenas de interés y de poesía. Fué su prosa leve, sencilla, extraña a la profusión, libre de inútiles adornos, y, como su poesía, ilumina a todo momento por la sonrisa apenas aparente de Nuestra Señora la Gracia.

Muere en flor, pero si hubiera vivido cien años, su obra hubiera conservado siempre la frescura de los jardines en el prestigio de las horas matinales.

RAIDOMERO SANÍN CANO

